

LA BEATA ISABEL DE LA TRINIDAD,

MAESTRA DE “VIDA INTERIOR”

P. Enrique Llamas, OCD

Presidente de la Sociedad Mariológica Española

[LA LECTURA DE SUS LIBROS]

Para leer a la Beata Isabel de la Trinidad tenemos que disponernos, prepararnos psicológica y espiritualmente. No podemos hacer una lectura de sus libros por simple curiosidad, por entretenimiento, o de una forma ligera y superficial. Aunque a veces, al margen de una preparación esmerada, y otras buenas disposiciones, la gracia de Dios nos sorprende, como una ráfaga de luz que ofusca nuestros ojos, o una voz interior que de improviso nos invita a seguir leyendo, o a buscarle por otro camino.

La lectura atenta de los libros de la Beata Isabel, y de los pasajes más íntimos y más profundos, impacta el espíritu, toca el corazón, y le deja con una suave inquietud, como la lectura meditada de muchos capítulos de San Pablo, o de la conversión de San Agustín, o de las experiencias místicas de Santa Teresa de Jesús. Y para esto, sí que es conveniente que nos acerquemos a la lectura de los libros de la Beata Isabel, adaptando la metáfora de Moisés en el SINAB, cuando se acercaba a la zarza que ardía sin consumirse (Ex 3, 5), con los pies descalzos, es decir, con limpieza de corazón, y en silencio interior, *para oír la palabra de Dios*, como anota San Juan de la Cruz (1N, 12, 3).

Isabel de la Trinidad en sus escritos no nos enseña, ni explica conceptos científicos; no habla desde las ciencias humanas, ni para darnos a conocer realidades meramente humanas y naturales. Ella habla desde su experiencia, y quiere transmitirnos un mensaje de vida: de vida espiritual y sobrenatural, en la que ella ha adquirido un conocimiento místico, fruto de la oración contemplativa y de su unión mística con Dios.

Y no es que pretenda constituirse ella como maestra y ejemplo para las almas. No cae en el personalismo, ni le pasa por la mente ejercer un magisterio espiritual, que no le compete. Nos da a conocer sus experiencias de vida interior, porque las ha contrastado con las experiencias de los Santos, con el ejemplo del mismo Jesucristo, y con las experiencias interiores de la Virgen María, la Virgen de la oración, el *modelo de las almas interiores*...

Si ella se siente inclinada a contemplar así a la Madre de Jesús, y a imitarla, y nos recuerda esta doctrina como una actitud connatural en su espiritualidad, es porque el ejemplo de la Virgen influyó fuerte y delicadamente en su alma –como el ejemplo de la Madre–, y por lo que puede influir también en las almas que viven, como ella, el carisma de la oración mental.

Romero Zafra, Beata Isabel de la Trinidad,
Iglesia del Santo Ángel de Sevilla

[EL EJEMPLO DE MARÍA]



Anunciación, Tintoretto.

Puede ser, que este ejemplo de María fue en parte un determinante en la orientación de la vida de la Beata Isabel, y el camino que la llevó a vivir esa profunda interioridad, en el fondo, en el abismo de su ser. Pero, no fue el único. Tuvo un atractivo irresistible para ella. Basta tener en cuenta en qué concepto tenía ella a la Madre de Jesús, y qué significado primordial tenía para ella, en el desarrollo de la vida espiritual.

María, para la Beata Isabel de la Trinidad, es la reproducción más perfecta en el orden espiritual de la imagen de Jesús, porque es la que experimentó las más profundas vivencias de conocimiento, de fe y de amor, como Madre del Hijo de Dios, del Verbo Divino, Sabiduría eterna del Padre. El Papa Pablo VI definió a María, como *la primera y la más perfecta discípula de Cristo, lo cual tiene un valor universal y permanente* (Mc 35)

Pablo VI puede referirse aquí a un “discipulado”, que tiene por objeto el aprendizaje de una doctrina, de unas normas y de un estilo de vida humana y espiritual, que María aprendió en la convivencia con su Hijo. Pero, en el pensamiento de la Beata Isabel este “discipulado” tiene una mayor profundidad. Para ella, María es la primera y más perfecta discípula de su Hijo, porque se configuró con El en la vivencia de sus mismos sentimientos y en la experiencia del pensamiento y del amor más profundo de su Hijo con relación a Dios y a los hombres. En esto radica el verdadero y más perfecto discipulado de la Madre con relación a su Hijo.

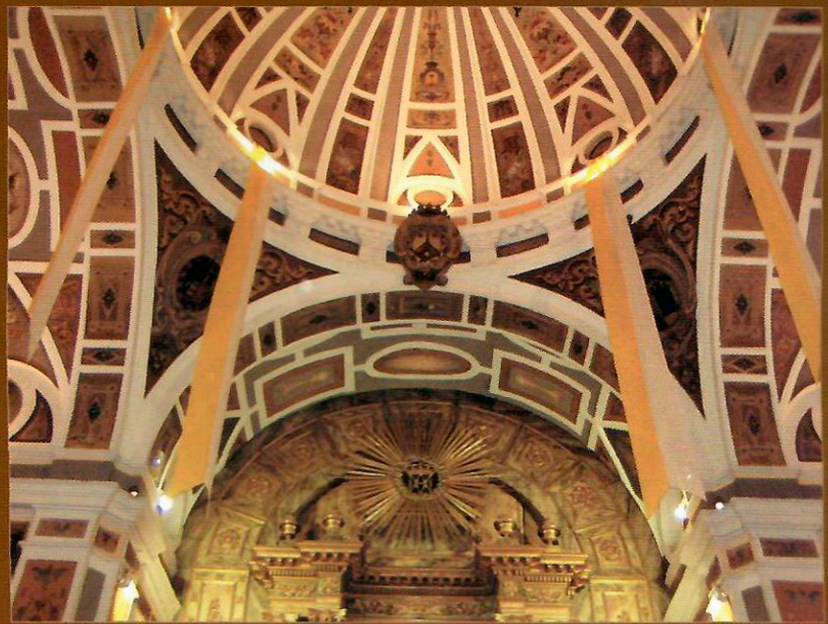
María, dice San Lucas, conservaba el recuerdo de los misterios de su Hijo, y los meditaba en su corazón (Lc 2, 19, 51). En la profecía del Simeón, la espada del dolor laceró el corazón, o el alma de la Madre (Lc 2, 36).

La Beata Isabel tenía grabados en su mente, y en lo hondo de su corazón estos textos con rayos de luz. Eso le hizo exclamar, contemplando a la Madre: *¡En Ella todo se realiza en el interior!...* (UE 41). Toda su vida espiritual, sus pensamientos, su amor, su contemplación, su fidelidad a José su Esposo, todo se realiza y se desarrolla en su corazón, *en su interior*. Por eso, todas sus vivencias espirituales, como Madre del Hijo de Dios, su vida de familia en Nazaret, y otros rasgos de su vida convergen y se aúnan en un mismo centro: en su interior, en el más profundo centro de su ser. Incluso, el misterio de la Encarnación –la encarnación del Verbo de Dios, se realizó también en su interior, en su corazón y en su mente, sede de su fe viva y de su amor ardiente a su Dios. Lo dijo San Agustín: *Concibió antes en la mente que en el vientre*.

Desde ese momento de la Encarnación, la Virgen María quedó transformada como modelo para las almas. Por su parte, desde su experiencia, y desde sus vivencias interiores, la Beata Isabel pudo escribir este texto definitivo, para el desarrollo de la vida espiritual:

“...me parece, que la actitud de la Virgen durante los meses que corren entre la Anunciación y la Navidad es el modelo de las almas interiores; de esos seres que Dios ha escogido para vivir en su interior, en el fondo, el abismo sin fondo. En aquella paz, en aquel recogimiento ¡María se sometía y se entregaba a todas las cosas!” (CF 40)





Cúpula del templo, Alonso de Vandelvira, (1603-1608)

Beata Isabel de la Trinidad, Romero Zafra, 2007.

Transverberación de Santa Teresa, Romero Zafra, 2007.

Coro alto.

Crucero y altar mayor.

Retablo Niño Jesús de Praga, Fernando Aguado y Antonio

